

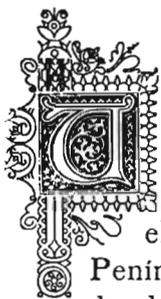


III.

LAS FLOTAS.

1622-1624.

Diligencia de los holandeses en amparar las suyas.—La enviada á las salinas de Araya sufre serios contratiempos.—Procuran apoderarse de la nuestra en el mar del Sur.—Expedición del almirante L'Hermite.—Muere éste ante el Callao sin conseguir el objeto.—Disposiciones defensivas en el Perú.—Antillas.—Huracanes.—Naufragios.—Fortuna de Tomás de Larraspu.



UNA vez rotas de nuevo las hostilidades con España, lo primero á que atendieron los holandeses fué á la protección de su comercio, expuesto en el paso necesario de las naves por las costas de la Península, ya se dirigieran á Levante, ya á las Indias, donde tanto lo habian desarrollado. Formaron para el Mediterráneo grandes convoyes defendidos, como antes se ha contado, al paso del estrecho de Gibraltar por escuadras de escolta, sin lo cual hubieran sido interceptados por las de D. Fadrique de Toledo y D. Juan Fajardo, y otro tanto tuvieron que hacer en el Océano, y aun en el mar del Norte después que se dictó la Ordenanza de corso, distraiendo muchos navíos de guerra en servicio de tamaño interés, como nosotros los distraíamos en el de guardar las flotas de la plata.

En 1622 organizaron uno de ellos con destino á la costa de Cumaná, en las Indias Occidentales, donde pensaban pro-



veerse de la sal indispensable á sus pesquerías, agregándose los navíos armados de contrabandistas y corsarios que solían hacer negocio en las Antillas, y recaló sobre Araya el 25 de Noviembre, encontrando novedad desagradable. El gobernador de la provincia, D. Diego de Arroyo y Daza, avisado oportunamente, había hecho sobre el cerro de Daniel un fortín de cestones con artillería gruesa, que dominaba el fondeadero. Reconocido, cañonearon á la vela la altura con poco efecto, por lo que se determinaron á hacerlo á menor distancia, fondeando los 40 navíos de que disponían. Tampoco así hicieron mella las balas en los reparos de tierra; y como les fuera preciso quitar el estorbo, desembarcaron 600 hombres con petos, picas y arcabuces, emprendiendo la subida del cerro por varios lados, confiados en señorearlo, porque los defensores eran pocos; mas no hay soldado bisoño que no sepa apreciar la diferencia que va entre ascender por una ladera á pecho descubierto ó esperar arriba detrás de parapeto apuntando de mampuesto. Los pocos defensores hacían tanto daño con la mosquetería, que los holandeses les volvieron la espalda dejando tendidos en la ladera bastantes de la compañía, y se reembarcaron desordenadamente, muerto el jefe.

Cambiado el fondeadero fuera del alcance de la artillería, que les había causado desperfectos, esperaron la llegada de 16 naos más; y enviaron parlamento ofreciendo buen partido á los del fuerte si lo rendían antes de empezar otro ataque con la fuerza aumentada. Pero como también ellos habían sido reforzados con algunos españoles y 200 indios flecheros, rechazaron la intimación, dispuestos á recibir el asalto.

No lo amagaron siquiera los enemigos: arrimaron otra vez al fuerte, el 13 de Enero de 1623, hasta 41 naos de las mayores, rompiendo el fuego como distracción, á tiempo que desembarcaban dos cuerpos: de 400 arcabuceros el uno; de trabajadores con útiles el otro, queriendo cargar las lanchas de sal bajo la protección de los soldados; empresa difícil que el fuerte y los tiradores emboscados impidieron, haciéndoles embarcar precipitadamente, como la vez primera, con abandono de material y herramienta, pérdida de tres naves afon-



El príncipe Filiberto de Saboya.





dadas por la artillería del fuerte y de no pocos hombres ¹.

Así que la nueva llegó á Madrid, presumiendo que el enemigo insistiera en procurarse la sal, se despacharon con urgencia dos navios con socorro de 300 soldados, 20 piezas de artillería, municiones y útiles de toda especie para sustentar la posición de Araya, erigiendo fortaleza permanente mientras iba á las Antillas armada gruesa ²; disposición razonable conocida la tendencia de las compañías de Amsterdam á beneficiarse con perjuicio de nuestras colonias.

Sin tardar mucho, se vió que echaban á la mar una suya de suficiente fuerza para cualquier intento, pues que se componía de 11 navios, siete de ellas expresamente construídas para la campaña, fuertes, rasas, sin castillos; de 600 toneladas la capitana y almiranta, con 40 cañones en dos cubiertas, de los calibres de 48, 24 y 12 libras; de 500 y 400 toneladas, cinco, con artillería de á 24, 18 y 8 libras; las cuatro restantes de 200, 100 y menos toneladas, no eran nuevas ni tenían tan fuerte armamento. Entre todas sumaban 294 piezas y algo más de 1.600 hombres.

Á ser ciertos los avisos de confidentes, Jaques L'Hermitte, almirante que la gobernaba, era hombre de mucha suficiencia, que había residido en Madrid siete años y hablaba correctamente el castellano: la empresa no había podido olfatearse, teniendo que acomodar la presunción al hecho de tener embarcadas muchas provisiones; lanchas y galeotas en piezas, artillería de campaña, útiles de zapador y sillas de caballos ³. El tiempo se encargó de descubrir el secreto.

La escuadra de L'Hermitte salió del puerto de Texel á 29 de Abril de 1623, con idea de entrar en el Pacifico, atacar á la flota conductora de la plata desde el Callao á Panamá y poner pie en algún puerto del Perú, contando con atraerse á

¹ Cartas del Gobernador de Cumaná. *Colección Navarrete*. Hay relación impresa en que se especifica haber presentado los holandeses en Araya 104 navios entre escuadra y convoy.

² La misma *Colección*. Correspondencia del Duque de Medina-Sidonia, t. xxxii.

³ Carta del Gobernador de Cartagena al Rey. *Colección Navarrete*, t. xxv, número 79.



los negros esclavos ofreciéndoles libertad; por ello, en vez de las mercancías de cambio que en otras expediciones habían llevado, iban ahora en abundancia armas y monturas. Al pasar la costa de Portugal, apresó cuatro carabelas que venían del Brasil con carga de azúcar; una agregó el Almirante á las suyas en reemplazo del patache que era pesado de vela, y regresó á Holanda con las tres restantes. Sobre el litoral de Berbería tomó otra nao flamenca, de cuya tripulación mandó ahorcar á cuatro hombres por ser de los fieles al rey de España.

Sin tocar en las Canarias siguió á las islas de Cabo Verde, donde se detuvo un mes haciendo cecina de carne de cabras, poniendo en bodega la artillería gruesa y preparando los aparejos para la travesía del Atlántico. Dejó en tierra un centenar de prisioneros portugueses y castellanos de las dichas naves, conservando dos ó tres que le sirvieran de prácticos, resultando ser uno de ellos piloto que había hecho el viaje al Magallanes con los hermanos Nodal. Continuó hacia el Sur por la costa de Guinea, y como enfermara mucha gente entró en el puerto de Farallones, donde había factoría portuguesa, alarmado por los efectos de la dolencia que nombraban *de Loanda*. El físico primero de la escuadra, acusado de haber muerto con su medicación cerca de 200 hombres y sometido á cuestión de tormento, acabó por afirmar cuanto quisieron los jueces, que le sentenciaron á morir, entendiendo, sin duda, velar por la salud de todos.

Más al Sur, desde el cabo Lope González, atravesaron el Océano en once días, surgiendo en la isla Novoa, donde se procuraron refrescos. De allí navegaron en demanda del estrecho de Mayre, no sin malos tiempos, bajo los que zozobró la carabela portuguesa y uno de los pataches, ahogándose 20 hombres, á cuya pérdida hubo de añadirse la de 19 muertos por los salvajes al cortar leña.

Tardaron tres meses en desembocar, montando el cabo de Hornos el 2 de Febrero de 1624; fuéronse derechos á la isla de Juan Fernández para reponer la aguada, reparar averías del aparejo y montar los cañones en sus portas. Aleccio-



nado L'Hermite con los viajes de sus predecesores, no quería remontar por la costa de Chile, desde cuyos primeros puestos hubieran corrido aviso poniendo en alarma á todas las gentes, sino tomar el largo y recalar sobre el Callao sorprendiéndolo.

Cerca del puerto apresó una embarcación en que iba el capitán, Martín de Larrea con remeros negros, é interrogados separadamente por el procedimiento empleado con el físico, dijo el primero que la flota de la plata había marchado del Callao *trece* días atrás, al paso que los negros sostenían ser *tres* los días transcurridos desde la salida; y como en el careo manifestara con firmeza el capitán que todos decían una misma cosa, obscureciéndola la mala pronunciación de los negros bozales, en la duda no adoptaron el medio que acaso les proporcionara todavía la presa forzando de vela con rumbo á Panamá, y no dejó de influir uno de aquellos negros que por hacerse agradable les dijo que había quedado en el puerto la mitad del tesoro para segunda remesa, siendo cosa sencilla tomarlo, porque ni en el Callao ni en la ciudad de Lima había bajeles de guerra, cañones, soldados ni prevención ninguna; con seguridad, por otra parte, de que al primer llamamiento apellidando libertad acudirían los negros esclavos del campo, siempre que el ataque se hiciera con prontitud, sin dar tiempo á la reunión de los españoles.

Lo que halaga al deseo, fácilmente se admite: los holandeses creyeron al pie de la letra la relación del negro, conforme con las noticias recogidas antes de emprender el viaje, y en verdad, aunque no poco exageraba el confidente, en el fondo no los engañaba.

Había partido del Callao la flota el 3 de Mayo, conduciendo en remesa extraordinaria la plata de dos años, con escolta de los galeones *Santiago*, *San José* y *San Felipe*; en el surgidero había quedado el que tenía por nombre *Nuestra Señora de Loreto*, capitana desarmada, y el patache *San Bartolomé*. Muy satisfecho de la expedición y despacho el virrey D. Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar, se regocijaba en el puerto con fiesta de toros, el 7,



cuando le llegó nueva de estar sobre Mala, once leguas á barlovento, la armada holandesa preparando lanchas para desembarco. Corrió al punto la noticia, originando indecible confusión, y más trabajo costó al Virrey detener á la gente en Lima, que prepararse para hacer frente al enemigo. Cada cual trataba de poner en cobro su hacienda y escapar al interior con ella.

Aunque no se hallaba la capital del Perú en el completo estado indefenso que tenía al presentarse los primeros corsarios, tan desprevenida le tomó la llegada repentina de L'Hermite, que no había un mazo de cuerda con que disparar los arcabuces ¹. Por primera providencia, acudió la caballería á detener la gente y á celar disimuladamente las haciendas cercanas, dejando que la resaca, por sí, molestara el acceso de las embarcaciones holandesas por el punto en que intentaban desembarcar.

El día siguiente se aproximaron las naves á la bahía con estruendo de los cañones, fondeando desde la isla á la boca del río: traían las lanchas en el agua, y al largar las anclas metieron 600 hombres en aquéllas, llegando cerca de la noche á saltar en tierra por Chuquitanta, á dos leguas de la ciudad. Dirigió la operación el Almirante, y ordenó los escuadrones mientras en segundo viaje desembarcaban otros tantos soldados. Aquella noche la pasaron con las armas en la mano, haciendo tan sólo diligencia en tomar lengua, porque, no habiendo hallado resistencia, temían alguna celada. Al mismo tiempo dábales recelo el gran número de caballerías que vieron correr desde las naves, no consintiéndoles la distancia distinguir que las más eran mulas con hombres desarmados. No dieron tampoco con ningún camino por donde avanzar, y antes de amanecer se reembarcaron, estimando prudente la retirada.

Vino muy bien al Virrey esta indecisión y pausa para hacer trincheras en los puntos más accesibles y formar compañías

¹ *Noticias generales del estado que han tenido las armas de la ciudad de Lima, presidio del Callao y real armada del Sur desde el año de 1615.* Ms. Colección Navarrete, tomo xxv, núm. 79, y t. xxvi, varios.



á pie y á caballo, asegurando la defensa por la parte de tierra; de la mar quedó señor el enemigo, sobre todo desde que armó en la isla de San Lorenzo las galeotas que traía á bordo, con las que se apoderaba de cuantos navíos venían al puerto.

En la noche del 11 intentó, con las lanchas, incendiar las que había dentro, trabando escaramuza, en que fué rechazado con alguna baja y prisión del condestable, y por las declaraciones suyas, confrontadas con las de algunos desertores, se obtuvieron noticias de interés ¹, principalmente acerca del propósito de destruir el galeón *Loreto*.

La junta de guerra, reunida por el Virrey, estuvo de acuerdo en que, no contando con elementos para armar naves, se debía estar á la defensiva como hasta entonces, con satisfacción de que nada de importancia hubiera conseguido el enemigo teniendo tanta fuerza ², y así lo hizo, desplegando actividad é ingenio que traen á la memoria los recursos empleados en Manila en las ocasiones semejantes de bloqueo puesto por van Noort y por Wittert en 1602 y 1610.

Ahora, sobre el Callao murió L'Hermite el 2 de Junio, agravando el despecho la enfermedad adquirida en el viaje, y le sucedió en el mando general el vicealmirante Hugues Schapenham ³, prolongando casi cinco meses la empresa, en que tanto es de admirar su constancia, como lo que hicieron los peruanos para quebrantarla, empezando por rodear al galeón con cadena flotante de perchas, por construir una chata ó batería en que montaron cinco culebrinas, procediendo después á poner en astillero las quillas de doce lanchas cañoneras y fabricarlas por completo con todos los pertrechos necesarios ⁴, al mismo tiempo que se procuraban pólvora y

¹ *Declaraciones que dieron en Lima los dias 12 y 21 de Mayo los artilleros de la escuadra de Jaques Tremit.* Ms. Colección Navarrete, t. xxvi, núm. 49. Dijo el Condestable que entre los artificios «traían unas bolas como granadas de hierro que, dándoles fuego, se abren y disparan como dardos y balas de mosquete».

² *Acuerdos de la junta de guerra en el puerto del Callao á 12 de Junio de 1624.* Ms. en la misma colección y tomo, núm. 50.

³ Con este nombre le designa la *Histoire des Navigations*. En nuestras relaciones del tiempo se ve escrito Jan Hug, Juan Ux, Ghen Huigen, Huguen, Huguei, etc.

⁴ Se hicieron en veinte dias tres de á 3 cañones, *Magdalena, Santiago y San Cristóbal*; siete de á 2, *San Juan, Santa Juana, Santiago el Mayor, Trinidad, Rosa*



armas portátiles. «Todo se hizo con el enemigo á la vista, dice una de las relaciones citadas. En el apuro se fabricaron lanchas y galeras, que fueron las que hicieron recatar al enemigo, que andaba tan insolente con las suyas, que no se le escapaba embarcación; también bocas de fuego, arcabuces y mosquetes; ocho se daban cada día acabados, con sus frascos, que fueron con la prisa muy poco pulidos; torcióse cuerda, que por falta de cáñamo se hizo de algodón y cabuya; se hicieron reductos y plataformas.....»

Una noche lanzaron los holandeses nave de las apresadas, dispuesta por el estilo de la que inventó en el sitio de Amberes el ingeniero italiano Jambelo. Los disparos de los defensores derribaron al timonel, que llevaba la lancha por la popa para separarse en momento oportuno, y quedando el vaso sin gobierno fué llevado por el viento á la playa de Bocanegra, donde se inflamó, proporcionando á la ciudad el espectáculo de una estrepitosa iluminación. Con todo, en otros intentos quemaron los enemigos hasta 17 navíos del comercio, y á ello se redujo lo que lograron en el Callao.

En Guayaquil tuvieron mejor suerte; saquearon el pueblo y destruyeron un galeón de 500 toneladas en astillero, no sin costarles la pérdida de dos lanchas y de 60 hombres, que vengaron ahorcando en la isla de Puna al doctrinero de los indios, Fr. Alonso de Encinas, y al maestre y marineros de un barco de cabotaje. En Pisco fueron rechazados; estaba la tierra prevenida, y con esto levantó el Almirante el bloqueo del Callao, ahorcando por despedida doce ó trece prisioneros hechos en los barcos de cabotaje, por haberse negado el Virrey á la entrega de desertores que reclamó con parlamento.

Schapenham, primero de los que entraron en el mar del Sur de mano armada, repasó el cabo de Hornos corriendo la costa del Brasil; y conociendo la mala impresión que habían de hacer en Holanda, principalmente entre los accionistas de la Compañía, las noticias exactas de lo ocurrido, com-

rio, Loreto y San Ignacio; tres de á 1, Jesús Maria, San Pedro y Buen Viaje. La batería flotante se llamó San Isidro.



puso otras más aceptables, inventando un combate naval con victoria decisiva que lisonjeara los espíritus á cambio de ganancia con que llenar las bolsas.

Contaba una de las relaciones, publicada en París ¹, que cerca de Lima salió al encuentro de la escuadra holandesa, compuesta de doce naves, otra española de treinta. Al avistarla hicieron oración los invasores, y estando á barlovento, atacaron decididos. El almirante L' Hermite, con su navío y el nombrado *Unité de Encuise*, abordaron á la capitana española; el Vicealmirante y otra nave lo hicieron á la almiranta, mientras las ocho restantes hacían frente á toda la escuadra. A la media hora se iba á fondo la primera y ardía la almiranta; dos horas después desaparecían entre las ondas ó las llamas otras diez, sin que el resto quisieran rendirse, antes peleaban con más valor que acierto, porque sus balas pasaban altas, mientras no dejaba de dar en el blanco ninguna de las holandesas, atestiguándolo la sangre vertida por los imbornales. Finalmente, cesó el combate, destruidos veintidós navíos, sin que ellos perdieran más que dos, salvándose la gente. Si en aquel momento, sigue refiriendo la fantástica relación, hubieran atacado á la ciudad, se hubiera tomado seguramente; pero los navios necesitaban inmediata reparación, y al día siguiente ya era tarde por la mucha gente que acudió de los campos.

«Lo que en estas relaciones hay de verdad es que es mentira, respondía uno de nuestros historiadores ².» Algo había, no obstante, de cierto relativamente al peligro en que estuvo Lima la noche del desembarco en Chuquitanta, expresándolo un testigo de vista con estas palabras:

«Con haber tantas haciendas casi á la lengua del agua en aquel paraje, no cogieron persona ninguna; ningún negro se les fué, que fué la mayor maravilla, porque sin duda, si lo

¹ *Recit véritable du grand combat arrivé sur mer aux Indes Occidentales entre la flotte espagnole et les navires hollandais conduits par l'Amiral Lermite devant la ville de Lyma en l'anné six cents vingt-quatre.* A Paris, MDCXXIV. Pour la Vesve Abraham Sangrain, 8 hojas 8.º menor.

² Céspedes, *Historia de Felipe IV*, fol. 204.



aciertan á coger, en menos de tres horas hubieran entrado en la ciudad sin hallar resistencia, porque en aquella ocasión estaba tan desprevenida que no tenía armas ni municiones ¹.»

Otra hoja impresa posteriormente en Amberes no llevó tan á lo heroico las noticias ², confesando que supo L'Hermite por un prisionero la marcha anterior de la flota de la plata que buscaba; quedando en el Callao un galeón rezagado con dos millones, lanzó al asalto catorce chalupas, entrando de noche con ellas en la rada, sin temor al fuego de *ciento treinta cañones* que la defendían; quemó diez y nuève carracas, infinidad de fragatas, y el galeón por último, no pudiendo apresararlo. En la acción no perdió más que un artillero preso por los españoles.

De algún consuelo serían los disimulos entre los interesados cuando aun en España extraviaron á la opinión ³, por más que se conocieran las órdenes del Gobierno mandando suspender la marcha al mar del Sur de la escuadra de diez galeones y tres pataches que urgentemente se estaba preparando á cargo del general D. Juan de Andrade Colmenero y almirante Gaspar de Vargas ⁴.

En el Atlántico tuvieron que resistir las flotas de la plata, por estos años, á enemigos más temibles que los hombres. La de 1622 perdió en la barra de Sanlúcar á la capitana con otro de los mayores galeones, al salir; llegó á Veracruz á tiempo en que los bandos traían revuelto al virreinato, lo cual

¹ *Noticias generales*. ..., antes citadas.

² *La furieuse défaite des espagnols et la sanglante bataille donnée au Perou, tant par mer que par terre entre les dits espagnols et les hollandois, conduits par leur admiral Jaques l'Hermite*. A Paris. Chez Iean Martin, Iouxte la copie Flamande imprimée à Anvers. MDCXXIV; 8 hojas en 8.º menor.

³ En Madrid y en Sevilla se publicaron, á principios del año 1625, relaciones sueltas con noticia de lo ocurrido en el mar del Sur. No obstante, D. Victor Gebhardt, viendo quizás las extrañas al escribir su *Historia general de España y de sus Indias*, lo concretó con la frase: «Una flota holandesa se echó sobre Lima y la dejó asolada» (t. v, pág. 437; Madrid, 1864), agregando otra inexactitud copiada de la *Historia general* de Lafuente, á saber: «que D. Fadrique de Toledo arrojó á los enemigos de Guayaquil».

⁴ Academia de la Historia. León Pinelo, Registro del Consejo de Indias, fol. 2 r vuelto.



dificultó el despacho, no librándose el general D. Francisco de Sosa y el almirante D. Antonio Liri, de cuestiones desagradables con los gobernadores de la plaza y del castillo de San Juan de Ulúa. Vueltos á la mar el 7 de Junio, tardaron cuarenta días en llegar á la Habana con malos tiempos, preludio de los que habían de experimentar después de francos del canal de Bahama. Dispersáronse las naos con ellos; algunas abrieron, desarbolaron otras, y una zozobró, pereciendo 90 personas. Pudiera decirse que tuvieron cuatro meses de tormenta al concluir uno de los viajes más trabajosos que recordaran los marineros ¹, y eso que no fué alcanzada la flota más que de un ramalazo del huracán que azotó de lleno á las sucesivas.

Detrás, el 4 de Septiembre, salieron del mismo puerto de la Habana la flota de Tierra Firme, general D. Juan de Lara y almirante D. Pedro Pasquier, compuesta de 17 naos, escoltándola la escuadra de ocho galeones y tres pataches que gobernaba D. Lope Díaz de Armendáriz, marqués de Cade-reyta, llevando por almirante á Tomás de Larraspu. Poco después de levar se desató el ciclón con furia extraordinaria; derribó en la ciudad muchas casas, arrancó los árboles, deshizo las plantaciones, y á las naves alcanzó en la parte más peligrosa del canal de Bahama, sin espacio para maniobrar. El galeón *Santa Margarita* varó en los cayos de los Mártires y se hizo pedazos instantáneamente; el nombrado *Nuestra Señora de Atocha*, almiranta de la flota, zozobró; el *Rosario* dió en la isla Tortuga y un patache en los arrecifes: éstos de guerra; de los mercantes se perdieron cuatro, sufriendo todos los demás, de suerte que sólo cuatro quedaron con árboles.

Siendo rapidísima la marcha del fenómeno atmosférico, tomó por otro lado á la escuadrilla de guarda de las Antillas,

¹ Tiene su narración especial. *Tratado verdadero del viaje y navegación deste año de 622, que hizo la flota de Nueva España y Honduras, general della Fernando de Sosa, caballero del hábito de Santiago, y almirante D. Antonio de Liri. Dedicado á Nuestra Señora del Carmen.* Autor Fr. Antonio Vázquez de Espinosa, su indigno religioso. Año 1623. Con licencia en Málaga, en la imprenta de Juan René. 8o fojas 8.^o



de la que naufragó la capitana con dos naos más. Se ahogaron más de 1.000 personas, contados el almirante Pasquier y 15 religiosos, estimándose en más de cuatro millones la pérdida de plata y mercancías ¹.

Las naves que se mantuvieron á flote fueron arribando como pudieron á la Habana y allí invernaron, no existiendo pertrechos con que atender al reparo de tantas; contrariedad grande para el Tesoro de la nación, que, por lo general, tenía descontadas anticipadamente las remesas de las Indias.

Así que llegaron á la Corte las noticias, procediendo con actividad desusada, se destacaron á la isla de la Madera tres galeones de los de D. Juan Fajardo para amparar á la almiranta de Nueva España que llegaba destrozada ²; dióse orden de marcha á D. Antonio Oquendo, llevando en su escuadra perchas y jarcias con que aderezar la flota maltratada ³, y á D. Francisco de Rivera para cruzar sobre el cabo de San Vicente, junto con las escuadras de D. Fadrique de Toledo y D. Juan Fajardo, con aviso de estarse alistando una en los Países Bajos, á la que se agregarían la de argelinos y moriscos ⁴.

No hay que decir con qué inquietud se esperaban nuevas, ni cómo cambiaron las impresiones viendo llegar á Cádiz á Larraspuru con su almiranta y un galeón de los más interesados ⁵, y pocos días después á la flota que traía completa el

¹ Relación manuscrita. *Colección Navarrete*, t. XII, núm. 27. Otra se imprimió en España.

² *Colección Sans de Barutell*, art. 3.^o, núm. 837.

³ Correspondencia del Duque de Medina-Sidonia. *Colección Navarrete*, t. XXXII.

⁴ *Colección Sans de Barutell*, art. 3.^o, núm. 843.

⁵ Tomás de Larraspuru, natural de Azcoitia, empezó á servir con plaza de soldado. Navegando en el navio *Delfin*, de la armada de D. Luis de Silva, en ocasión de pelear con seis navios ingleses y holandeses el 6 de Mayo de 1603, abordó el suyo y rindió á la capitana, recibiendo en la función un balazo que le pasó la pierna derecha. Mandando después el patache *Esperanza* desempeñó muchas comisiones, ya de aviso, ya de reconocimiento de enemigos, siendo notado el atrevimiento al atacar á una urca holandesa de gran porte, que le desarboló. Á los veinticinco años de edad tuvo nombramiento de capitán y mandó galeones de la carrera de Indias, con crédito que le valió el ascenso á almirante de la escuadra del Marqués de Cadereyta. La llegada á Cádiz en circunstancias por las que se temía la pérdida de la flota agregó, al concepto de valeroso y diestro que tenía ganado, el de hombre de buena estrella, que le fué encumbrando.



Marqués de Cadereyta en conserva de la escuadra de Rivera.

La vida va corriendo en alternativa de sucesos prósperos y adversos; al paso que Larraspuru, objeto del favor público, con mando en jefe de 14 naos y dos pataches, volvía á marchar á las Antillas en prevención de nuevo ataque de los holandeses al fuerte de Araya; mientras Rivera y D. Francisco de Acevedo les tomaban algunos navíos en los respectivos cruceros, tuvo que arribar dos veces á la Habana D. Antonio de Oquendo con la flota del año 1623; y habiendo desembocado el 26 de Abril una borrasca poco menos intensa que la del otoño precedente, diseminó á las 28 naos de conserva, y aunque navegaba con los trinquetes tan sólo, calados los masteleros, se llevó el viento las velas, atormentando á los vasos la mar con golpes que no todos pudieron aguantar. El galeón *Espíritu Santo* se abrió, hundiéndose con 250 hombres de los 300 que conducía, y con el tesoro, por supuesto; la almiranta desapareció, aunque no con tanta rapidez, pues dió tiempo á que los pataches sacaran á la gente y á un millón de los valores ¹, salvamento que costó al general los enojos de un proceso administrativo en que se depuraba el más ó el menos.

Larraspuru hizo rápido viaje, llegando á la isla Margarita sin que de los enemigos anunciados se hubieran visto por Araya más que seis naos exploradoras, á las que se hicieron algunos prisioneros. Nuestra armada proveyó á la fortaleza recorriendo á seguida el mar Caribe, con el contratiempo de perder á la almiranta de Vizcaya en la entrada de Puerto Rico; estuvo en Cartagena y Puertobelo; destacó á Jamaica cuatro galeones, sabedor de que por allí se habían visto velas sospechosas, y dióles caza D. Bernardino de Lugo sin alcance, si bien por huir soltaron un bajel que habían apresado. No eran más de tres naves ligeras y un patache, enviadas de Holanda á reconocer la situación de las flotas, que desembarcaron ligeras viéndose perseguidas, sin haber hecho otra cosa que el desembarco en Sisal de 200 hombres, quemando los bohíos.

¹ Academia de la Historia. León Pinelo. Registro del Consejo de Indias, fol. 19.



Buen servicio fué el de la escuadra limpiando también de contrabandistas á las islas, pero aun lo hizo mayor Larraspuru juntando las flotas en que enviaban los vecinos de Nueva España y del Perú un donativo extraordinario al Rey, franqueando con ellas el Canal á mediados de Agosto de 1624 y entrando en Cádiz, sin que le esperaran, con 32 velas y muy cerca de 13 millones ¹.

¹ Cartas de Larraspuru y de Lugo al Rey. *Colección Navarrete*, t. xxiv, números 28 y 29.